

## Releer 'Grande Place'

16.09.07 - ANDONI UNZALU GARAIGORDOBIL

Lo primero que tengo que decir es que el autor del texto que da origen a la obra de teatro 'Grande Place' es Mario Onaindia; condenado a muerte en diciembre de 1970 por su pertenencia a ETA y que murió en una habitación del hospital de Vitoria escoltado por policías para evitar que los asesinos de ETA se adelantaran a la enfermedad. Mario, mejor que nadie, representa el discurrir trágico de una generación en Euskadi.

El año 1987, año que se estrenó 'Grande Place', ETA asesinó a 50 personas. Cuatro meses antes del estreno asesinaron a Yoyes, ex militante y ex miembro del comité ejecutivo. Todavía en las fiestas de los pueblos la gente, en alegre algarada, tiraba los jerséis al cielo en un intento de impulso colectivo al coche de Carrero Blanco. Eran tiempos en que miles de personas gritaban 'Gora ETA militarra' o 'ETA mátalos' por las calles de Bilbao con impunidad absoluta. Y les juro que si 10.000 personas gritan a la vez, de forma rítmica 'gora-ETA-mili-ta-rra' no lo oyes, lo sientes directamente en el diafragma, debajo de los pulmones, creando una comunidad casi física entre los manifestantes. Y entonces la razón huye despavorida.

Este texto de Mario podemos entenderlo como un auto exorcismo para romper con una carga impuesta por su pasado, una forma de recuperar la libertad personal. Es una rebelión contra la deshumanización, en el sentido literal, que produce la política vasca. El mundo del nacionalismo radical y violento tiene tanta cohesión, y durante tantos años porque niega a sus miembros la individualidad personal; deja uno de ser yo para convertirse en un personaje. En un actor al que se le adjudica un papel del que no se puede desprender nunca. Josu, el preso, no es ya una persona en la cárcel, es un símbolo, un héroe al que se le impone de forma meticulosa un rol independientemente de su voluntad. Y Jone, su pareja, se ve inmersa en un laberinto cerrado. Es la personificación del familiar del preso en Euskadi. Ni siquiera ha podido elegir su papel, es sólo una sombra amarrada a otro personaje. Es un enorme teatro en el que los personajes caminan en círculos vigilándose entre sí.

Cualquier texto que haga referencia a ETA no lo podemos ver simplemente desde el patio de butacas; somos necesariamente parte de la obra, somos los personajes ocultos que explican el contexto. Los acontecimientos que se narran son, para nosotros, recuerdos personales, parte de un relato que hemos construido y que reinterpreta de forma mecánica el texto.

Todavía, hoy, cuando oigo 'Benta-Haundi', algo oscuro de lo más profundo de las emociones se me tensa. Cuando leo el pasaje del ametrallamiento de Gernika no puedo evitar que, de golpe, surja la imagen del cuerpo muerto envuelto en un plástico ensangrentado. Son como hitos míticos clavados en la memoria. En el ametrallamiento de Gernika sólo hubo tres muertos: el guardia civil no existe, es un mero objeto. «Es fácil disparar a un traje gris».

Hoy sé que con paciencia y la razón tengo que deconstruir mis recuerdos. Sé que el asesinato de José Pardines y la muerte en tiroteo, pocas horas después, de Txabi Etxebarrieta inician la tragedia de la sociedad vasca. «Ha empezado la guerra», dice el cojo de la obra. Una tragedia, en la que muchos hemos participado, hizo saltar por los aires la ética y la humanidad en una parte muy importante de los ciudadanos vascos. Los hechos de Aduna y Benta Haundi contienen de forma literal, como rito iniciatorio, los elementos que luego harán terrible la tragedia vasca. Pero para ello es necesario ver sólo los hechos desnudos, como una película sin sonido en la que hemos apagado las voces irracionales de la patria. Y es así: en el control de Aduna Txabi Etxebarrieta baja del coche y, con sangre fría, dispara por la espalda a José Pardines y lo remata después. Inmediatamente huyen y se refugian en la casa parroquial de Tolosa. Al salir de la misma son detectados por la Guardia Civil y se inicia el tiroteo. Txabi Etxebarrieta es el primero en matar y ser muerto. Cuando oigo 'Benta Haundi' automáticamente me suena en la cabeza una canción con un ritmo monótono, como de martillo de forja:

'Lehengo batean, /kalearen erdian, /Benta-Handi erdian, /Xabier anaia, hil zuten'.

La voz de aquellos discos clandestinos era la de Imanol, obligado a un segundo destierro durante la etapa democrática y que ha muerto totalmente marginado por el mundo nacionalista.

Toda aproximación narrativa al mundo terrorista de ETA impone al autor una serie de problemas especiales y de difícil resolución. Tiene la fuerte tentación de hacer un relato neutro, meramente descriptivo, aunque el objetivo último sea una crítica a la totalidad. El peligro está en que este relato neutro muy fácilmente se convierte, en realidad, en una especie de explicación o de autojustificación. Porque, la verdad, ¿cómo podemos decir de forma cruda: fuimos unos asesinos? Incluyo en este término a los miles de vascos -y progresía varia de otras latitudes- que con alegría festiva hemos aceptado el asesinato político en nuestro país.

Me acuerdo que pocos años después de que se estrenara esta obra tuve un viaje en el que hacía escala en Bruselas. Tenía que esperar tres o cuatro horas. Cogí un taxi y me fui a Grande Place. Era una mañana de frío invierno e hice esfuerzo por localizar en la plaza a Josu y Jone. Intenté oír el grito final de Jone, «Soy libre. Soy libre», porque con la libertad de Josu había conseguido romper la abrumadora prisión de la patria, convirtiéndose de nuevo en persona libre. Sin embargo, lo que veía por las esquinas de Grande Place eran las escenas de Benta Haundi, de Gernika o de los policías torturadores. La épica me había secuestrado el texto. Estoy convencido de que entre los espectadores que en los diferentes frontones vieron la obra nadie oyó el grito liberador de Jone.

¿Cómo podemos enfrentarnos al relato del terrorismo de ETA sin que terminemos, incluso a nuestro pesar, justificando o legitimando la barbarie? Muchas veces la mera crítica racional sólo consigue convertir al héroe en personaje trágico. Un héroe que se ha sacrificado por un objetivo inútil pero este personaje trágico, por el hecho de serlo, se convierte todavía en más poderoso.

Creo que la única opción que nos queda es la afirmación tan repetida de Hannah Arendt respecto al Holocausto: No se puede describir 'sine ira' porque hacerlo de forma neutra es justificarlo.

Se suele decir que Auschwitz mató la poesía. Que ya no se puede pensar el mundo sin su existencia. Todas las sociedades democráticas europeas post segunda guerra mundial tuvieron que redefinir lo democrático como una negación radical del nazismo.

Si Auschwitz mató la poesía, ETA ha asesinado la inocencia de la palabra libertad. Los ciudadanos vascos ya no podemos imaginar la libertad sin una radical, absoluta oposición al totalitarismo de ETA. No es posible pensar que no ha pasado.

El mayor problema que tenemos hoy los vascos no es la desaparición de ETA, o por lo menos no sólo, ya que más pronto que tarde desaparecerá. El problema que se nos plantea es cómo vamos a contarlo. Cómo podemos definir la responsabilidad colectiva, porque el asesino físico, material era sólo el personaje principal de un teatro en que participamos muchos otros personajes secundarios. A mí me gustaría que hicieramos acopio de valor suficiente para iniciar nuestro relato diciendo: 'hubo una época en la que éramos unos asesinos. Te voy a contar cómo pasó'.

---